

DESPIERTO



MIGUEL ÁNGEL ALONSO P Lectulandia

La nave colonizadora *Pionero* viaja por el espacio en dirección a Kepler-296e, con diez mil mujeres y hombres a bordo, hibernados para soportar el largo viaje. Un centenar de ellos está despierto en todo momento para manejar la inmensa nave, rotándose en turnos de vigilia de un año.

Harper Boduch ha terminado su primer turno de vigilia desde que arrancó la *Pionero*, y está listo para volver a entrar en hibernación.

Pero no lo está para lo que le va a pasar.

Lectulandia

Miguel Ángel Alonso Pulido

Despierto

ePub r1.0

Titivillus 03.03.2019

Título original: *Despierto*
Miguel Ángel Alonso Pulido, 2018
Diseño de cubierta: Rebecacovers

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Nota del editor digital

El autor clasifica su obra de la siguiente manera:

Novelas de Chaka Gutionov

- *La cosmonave perdida*
- *Traición en el Gran Consejo (La amenaza treyana 1)*
- *Proyecto Armagedón (La amenaza treyana 2)*
- *Prisioneros del futuro (La amenaza treyana 3)*
- *La guerra del ayer (La amenaza treyana 4)*

Novelas de Carmela Engert

- *Código negro*
- *Asalto en Kanar III*

Relatos cortos e independientes

- *Un frescor inconfundible*
- *El encuentro*
- *La puerta*
- *Despierto*
- *Tierra quemada*

Tras un sonoro bostezo, Harper Boduch se levantó de su litera y estiró los brazos y las piernas. La noche anterior había recogido todas las fotos y guardado toda su ropa, dejando el camarote de la *Pionero* igual de vacío que cuando lo ocupó hace un año. Siempre había preferido dormirse más tarde con todo el trabajo hecho que no hacerlo recién levantado.

Harper contempló su rostro en el espejo del sanitario y sonrió. Los dientes blancos destacaron en el rostro color sepia oscuro cuando su reflejo le devolvió la sonrisa. No estaba nada mal para tener setecientos treinta y siete años. Se afeitó, se lavó la cara y los dientes, y dejó el lavabo limpio antes de apretar el botón que lo replegaba de forma automática.

Sintiéndose más despierto, se enfundó el mono celeste que llevaban todos los tripulantes-colonos y tomó el petate donde estaban sus cosas de la litera superior. Esta había permanecido vacía durante todo su turno, al igual que las dos que tenía frente a él. En los turnos de vigilia, cada tripulante podía darse el lujo de elegir un camarote solo para él. Cuando llegasen a Kepler-296e, los seiscientos tripulantes designados de la nave serían necesarios y cada camarote de cuatro personas estaría ocupado por completo. Pero para eso todavía faltaban unos mil trescientos años.

Caminó hacia la puerta y, antes de salir, se volvió para hacer una última revisión. Todo estaba en orden en aquel camarote que había sido su pequeño reino durante los últimos doce meses. Si alguien del siguiente turno lo elegía, no notaría ninguna diferencia con cualquiera de los otros que todavía no habían sido ocupados. Harper lo había escogido porque estaba más alejado del puente y recorrer al trote los dos mil quinientos metros de pasillos era para él una forma agradable de mantenerse en forma. Podía hacerlo también en el gimnasio, pero nunca le había gustado correr en una cinta estática. Y en cuanto a correr en el bosque de los niveles hidropónicos, le recordaba demasiado la Tierra que había dejado atrás.

En cualquier caso, su primer turno de vigilia había concluido y no tendría que preocuparse por encontrar un lugar adecuado para correr en mucho tiempo. Suspiró y cerró la puerta. Las luces se apagaron en el camarote, quizás para no volver a encenderse en siglos.

Harper caminó con tranquilidad por el pasillo de la *Pionero* en dirección al ala médica. Era su último día despierto y no tenía sentido ir a la carrera a ningún lado. Sujetaba el petate con la mano izquierda y, de manera inconsciente, la derecha palpó su nuca y tocó el bioconector situado en la base de su cuello. Junto a otras dos

docenas más situados por todo su cuerpo, permitirían que su cápsula regulase el fluido conservador personalizado, manteniéndolo vivo durante todo el proceso de hibernación.

Pensó en Jessica, y no pudo dejar de notar la ironía. El día que iba a dormir de nuevo, sería el día que más tiempo pasase con ella en el último mes. Todo el equipo médico de su turno había pasado las últimas cuatro semanas trabajando a destajo para sacar de la hibernación al siguiente turno de vigilia y preparar las cápsulas del turno saliente.

Normal que no tuviera tiempo para romances. Harper lo entendía y lo aceptaba, pero no le gustaba. Al menos se podían ver cuando terminaba su turno, pero los últimos días ni siquiera eso había sido posible y todo lo que había recibido eran escuetos mensajes de Jessica.

Estoy muy ocupada, no puedo verte. No, tampoco en la noche, lo siento.

Sí, le había dolido. Los últimos días antes de dormir, el tripulante tenía más tiempo libre y querría haberlo pasado con ella. Sin embargo, esa ausencia había hecho que se diera cuenta de lo mucho que ella le importaba, más que nadie antes.

No serían ni la primera ni la última relación surgida a bordo de la *Pionero*. Alrededor de un cincuenta y cinco por ciento de los diez mil tripulantes-colonos no tenían pareja y el riguroso programa de selección había tenido en cuenta las preferencias sexuales de la tripulación, de modo que cuando llegaran a Kepler-296e cada colono soltero tendría al menos media docena de posibles candidatos para formar una familia. Varias parejas se habían formado ya en su turno de vigilia, y a Harper no le cabía duda de que en el resto de turnos ocurría exactamente lo mismo.

Al girar en un recodo del pasillo, se cruzó con una pareja de tripulantes que no conocía: dos mujeres cogidas de la mano, de piel marrón claro y ojos rasgados, que le saludaron con una sonrisa y una inclinación de cabeza cuando pasaron por su lado. Devolvió el saludo y la sonrisa con cortesía. En la última semana, varios tripulantes del siguiente turno se habían incorporado a las labores cotidianas de la *Pionero*, una vez concluido su despertar. Otra ironía más; ahora que por fin había caras nuevas entre las mismas caras conocidas desde hace un año, tenía que volver a dormir.

Perdido en sus pensamientos, Harper llegó al ala médica. Junto a la puerta había media docena de petates igual de cargados que el que llevaba, cada uno con una etiqueta y un código de barras único para identificar a su dueño. Dejó el suyo junto a los demás y se colocó frente a la puerta, pulsando el botón situado en el lateral para solicitar la apertura. Durante unos segundos no pasó nada, pero Harper sabía que estaba siendo escaneado por el sistema; el ala médica era el lugar más seguro de la nave, y con razón.

A los pocos segundos, la puerta se deslizó a un costado y Harper entró en una sala de recepción. Le saludó un guardia armado pelirrojo y con el rostro cubierto de pecas, que custodiaba otra puerta más grande.

—Buenos días, Roy —dijo, estrechándole la mano—. ¿Cómo lo llevas?

—Como siempre, Harp, aburrido —respondió este, relajado y con su arma colgando de la correa—. Pero ya solo me quedan diez días y a dormir otra vez.

—Aprovecha el tiempo, no seas idiota. Conoce gente nueva, quizás a alguien especial...

—No creo, amigo. Prefiero dejarlo para cuando lleguemos al planeta.

—Precisamente cuando lleguemos al planeta será cuando no tengamos tiempo. Tú estarás ocupado protegiendo nuestro asentamiento y yo dejaré de ocuparme de la navegación para dedicarme a construirlo. Dudo que haya tiempo para socializar.

—Quizá, pero no tengo prisa. Hay tiempo para todo.

—Cuidado con dejar las cosas para más tarde —dijo Harper poniendo la palma de la mano en una pantalla a la izquierda de la puerta, que leyó el chip insertado en la piel—. Se han perdido muchas buenas oportunidades por pensar así.

—Mientras hay vida, hay esperanza, Harp —contestó el soldado, encogiéndose de hombros.

La señal luminosa encima de la puerta pasó de rojo a verde, y en la pantalla lateral apareció la frase «Box 34».

—Al menos piénsalo —dijo Harper, girándose hacia él—. Bueno, nos vemos en el siguiente turno, Roy.

—Nos vemos, colega.

Los dos hombres se fundieron en un abrazo. Después, el guardia colocó su mano en otra pantalla situada a la derecha de la puerta, que se abrió a los pocos segundos.

Harper entró en un largo pasillo con puertas numeradas a ambos lados que terminaba en una puerta más ancha, esta vez con dos guardias armados. Aquel era el acceso a las cámaras de hibernación, donde dormían los diez mil tripulantes-colonos de la *Pionero*. Nadie podía entrar sin autorización, aunque no era realmente necesario; desde que salieron de la órbita de la Tierra y se convirtieron en su propio pequeño mundo, las posibilidades de un ataque fundamentalista eran cero.

Pero conservar esas costumbres tenía un valor psicológico: les permitía a todos comportarse como si no estuvieran a doscientos cuarenta años luz de su planeta, en un viaje sin retorno a través del ambiente más hostil imaginable en el que, prácticamente cada día, los tripulantes que estaban despiertos se veían obligados a pensar a largo plazo en todas sus decisiones. Los reactores Tokamak de la nave garantizaban más energía de la que podían consumir, pero todos sus demás recursos estaban limitados a lo que llevaban consigo, y cualquier fallo podía ser fatal.

Caminó con calma hasta llegar al número 34. Frente a la puerta, cerró los ojos y trató de apartar sus pensamientos del hecho de que cuando volviera a salir por su propio pie del ala médica, habrían pasado más de mil años. Abrió la puerta colocando su mano en otra pantalla lectora; en la habitación, más pequeña y ocupada por una cama y un montón de aparatos médicos cuya función conocía solo vagamente, le aguardaba una mujer de pelo marrón corto y piel blanca como la porcelana, la mujer que él amaba, Jessica.

Pero no estaba sola.

Junto a ella se encontraban Haneko Ojeda, la capitana del turno de vigilia al que pertenecían Jessica y él, y un hombre que no reconoció, pero que vestía el mismo uniforme que su capitana. Harper buscó la mirada de Jessica y se sorprendió cuando esta le evitó, por lo que se dirigió a Ojeda en su lugar.

—Capitana, ¿qué ocurre? No me diga que ha venido a despedirse.

—Ojalá fuese así, Harper —dijo la mujer, de pelo negro corto y piel entre café y dorado, acercándose a él y señalando al hombre, rubio y con unos intensos ojos azules—. Este es el capitán Devin Petrovic, encargado del siguiente turno de vigilia.

—Capitán. —Harper inclinó levemente la cabeza a modo de saludo—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Me temo que no hay manera suave de decirlo. —La capitana endureció el gesto—. Ha habido un problema con tu cápsula de hibernación y no podrás dormir.

—Bueno, no es tan terrible. Volveré a mi camarote y seguiré trabajando hasta que la reparen. ¿Cuánto tardarán?

—No lo entiende, tripulante Boduch —interrumpió Petrovic—. No hay reparación posible. No podrá volver a la hibernación ni ahora ni nunca.

Durante unos segundos, Harper observó a ambos capitanes y después a Jessica, que seguía evitando su mirada.

—Esto es una broma.

—No lo es —dijo Jessica con la voz entrecortada—. Llevamos tres días buscando una solución sin éxito.

—Jess, cariño, empieza por el principio —dijo, acercándose a la mujer e ignorando a los dos capitanes—. ¿Cuál es el fallo?

—Se trata del líquido conservador —contestó Jessica, mirándole a los ojos por primera vez desde que entró—. Cuando te despertaron hace un año, hubo un error... parte del líquido ya usado que había en tu corriente sanguínea no fue donde debía. Contaminó el tanque que conservaba el resto de líquido conservador necesario para tus otros dos ciclos de hibernación.

Harper tragó saliva. El líquido conservador era una mezcla de células madre, nanobots, principios nutrientes y otra docena de componentes que sustituía la sangre durante el proceso de hibernación y ayudaba a mantener al durmiente vivo. La mezcla se fabricaba de forma personalizada, ya que debía ajustarse al ADN de cada durmiente y, por tanto, no era intercambiable entre cápsulas.

Aún peor, se trataba uno de los pocos recursos que no podían fabricar por ellos mismos en la *Pionero*.

—¿Qué...? ¿Quién...? —balbuceó, súbitamente consciente de la gravedad de la situación.

—No importa quién —dijo la capitana Ojeda—. Está durmiendo ahora.

—Creo que sí importa, ya que me ha condenado a morir de viejo en esta nave. —Harper se dio cuenta de que había alzado la voz, pero no le importaba—. Como

nunca voy a llegar a Kepler, al menos me gustaría saber quién me mató.

—Nadie le ha matado, tripulante Boduch, y esa actitud no ayuda en nada —dijo Petrovic, dando un paso hacia él.

—Ustedes tampoco me están ayudando en nada.

Harper se encaró con el capitán Petrovic y le miró fijamente. ¿Quién se creía ese imbécil? Antes de que la cosa fuera a mayores, ambas mujeres les separaron.

—¡Cálmate, Harper! —le dijo Jessica, agarrándole del brazo y poniéndole la mano sobre el pecho—. Comprendo cómo te sientes, pero...

—Por eso me estabas evitando —afirmó él con frialdad—. No pudiste reunir el valor para decírmelo y lo dejaste para el último momento. Nunca me habría esperado esto de ti, Jess.

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo ella, con los ojos llorosos.

—¡Ya está bien! —Ojeda le puso la mano en el hombro—. Harper, ven conmigo.

—Capitana, con el debido respeto...

—Cierra el pico, o yo misma te encerraré en una celda de castigo y tiraré la llave. —La expresión de la capitana dejaba bien claro que no bromeaba—. Por última vez, ven conmigo.

Con los labios apretados, Harper asintió en silencio y siguió a la capitana Ojeda. Ambos salieron del ala médica y caminaron sin decir palabra en dirección al puente de mando. Durante el camino, Harper no dejaba de darle vueltas a sus palabras en el Box 34 y se sentía cada vez peor. Seguía furioso por lo que había pasado, pero también triste por haberlo pagado con Jessica. Ella no tenía la culpa y él había dejado que su rabia le dominara, haciendo daño a la persona que más le importaba en la nave. Entonces recordaba que, en dos semanas más, Jessica estaría dormida y jamás volvería a verla, y las emociones se mezclaban en su interior.

Cuando quiso darse cuenta estaba en el puente de mando, entrando en el camarote del capitán de turno. Tenía la boca seca y le dolía el estómago.

La capitana Ojeda se dirigió a un pequeño armario situado en un lateral, del que sacó una pequeña botella rectangular llena de un líquido ambarino. La destapó y bebió un pequeño sorbo, antes de tenderla hacia él. Durante unos segundos, no supo que hacer.

—Que yo sepa, solo hay otras siete botellas de whisky en toda la nave. Si no vas a tomar un trago, dímelo para que la guarde, Harper.

Aunque nunca había bebido whisky, aquel parecía el momento, por lo que tomó la botella y dio un largo trago. El líquido descendió ardiendo por su garganta. Sacudió la cabeza mientras devolvía la botella.

—Gracias —farfullo mientras apretaba los ojos.

—No hay de qué. Te lo mereces, no por como te has portado hace un momento, sino por lo que te ha pasado. Lo siento, Harper.

Ojeda tomó otro sorbo y después guardó la botella. Mientras, Harper tenía la boca aún más seca y el estómago le dolía ahora con mayor motivo, pero podía pensar con

claridad.

—Yo también, capitana, y reconozco que me he portado como un imbécil. Le pido disculpas.

—Deberías pedírselas a Jessica.

—Es lo primero que haré...

Entonces sintió una arcada y se llevó la mano a la boca. Sin palabras, Ojeda abrió una pequeña puerta camuflada en una de las paredes, dejando al descubierto un cuarto de baño. Apoyándose en el inodoro, Harper vomitó el whisky que acababa de tomar y algo de líquido y bilis, ya que estaba en ayunas y su estómago no tenía nada sólido.

—Esto también te lo mereces, por portarte como un imbécil y por creer que puedes beber un bourbon de doce años como si fuera agua.

Sin poder decir nada, Harper apretó un botón para descargar el inodoro, se enjuagó la cara en el lavabo y bebió agua en el cuenco de sus manos. Tomó la toalla que le tendió Ojeda y se secó.

—Espero que ahora podamos hablar como seres civilizados —dijo la capitana—. Tenemos que buscar una solución para ti.

—No hay solución. Si todo mi líquido conservador se ha echado a perder, estoy muerto.

—Deja de repetir eso. Quizá no podamos hibernarte de nuevo, pero eso no significa que estés muerto. Tienes toda la vida por delante.

—Una vida encerrado en esta nave. —Harper se dejó caer al suelo y abrazó sus piernas—. Condenado a envejecer y morir mientras todos a mi alrededor siguen jóvenes.

—¡Levántate de ahí!

La capitana le tomó por los hombros y, a trompicones, le hizo levantarse.

—No puedes rendirte, Harper. Tienes que vivir tu vida y jugar las cartas que te han tocado. Hay muchas cosas que puedes hacer en la *Pionero*.

—Es fácil decirlo, pero en dos semanas, estará durmiendo. Cuando despierte de nuevo, para usted no habrá pasado el tiempo y yo llevaré muerto mil años.

La capitana le miró sin decir nada, con la tristeza marcada en su rostro. Harper comprendió que, a pesar de todas las buenas intenciones, no tenía respuestas para él. Nadie las tenía.

Pero sí había una persona con la que quería estar.

—Gracias por la bebida, supongo.

Se dio la vuelta y se marchó del camarote del capitán. Ojeda no hizo nada para retenerle y tampoco los tripulantes-colonos del puente de mando. Seguramente ya conocían su historia; cada turno de vigilia de la *Pionero* era como un pequeño pueblo en el que todos se conocen y todo se termina sabiendo, en especial las malas noticias. Al menos, tenían la decencia de no dirigirse a él para dar pésames y lo sientos. En ese momento, era lo que menos necesitaba.

Solo necesitaba hablar con Jessica.

Realizó un rápido chequeo en un terminal para saber dónde estaba: Jessica McCarthy, tripulante 618-21018, localización camarote 418. Ya no estaba en el área médica, estupendo. En su camarote podría hablar con ella y disculparse. Caminó de forma apresurada hacia allá, tanto que a punto estuvo de romper a correr en varios momentos, pero se obligó a ir más despacio. Aunque las circunstancias fuesen distintas, no quería perder de nuevo el control.

Llegó a la puerta del camarote 418 y tocó el panel lateral para solicitar la entrada. No hubo respuesta. Golpeó con los nudillos cuatro veces. Tras unos interminables segundos de espera, la puerta se abrió y pudo contemplar a Jessica frente a él, con gesto serio. Fue a abrazarla, pero ella retrocedió.

—Jess... lo siento —dijo, quedándose en el umbral de la puerta—. Me he portado como un idiota.

Ella no dijo nada, tan solo le miró. Harper lo interpretó como una señal para continuar.

—No sabes cuanto lamento haber dicho esas cosas en el ala médica. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y borrarlo, pero no puedo. —Harper tragó saliva—. Esta situación es muy dura y me cuesta mucho asimilarla. Solo puedo imaginar lo duro que ha sido para ti...

En ese momento, Harper se dio cuenta y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Dios... lo siento. He sido un estúpido egoísta. No pensé en lo que tú estabas pasando y solo me centré en mi sufrimiento. Yo, yo, yo, cuando lo único que me importa eres tú.

Jessica permanecía de pie, comenzando a llorar en silencio. Harper se arrodilló frente a ella y la abrazó.

—Lo que más me duele es que voy a pasar el resto de mi vida sin ti...

Sin poder contenerse, Harper comenzó a llorar como un niño. Jessica se arrodilló también y le abrazó, uniéndose a su llanto. Después de unos minutos, ambos se calmaron y Harper la contempló. Jamás la había visto tan bella como en aquel momento, con los ojos completamente rojos.

—Te amo.

Se besaron. Primero con ternura y después con pasión, una pasión que ninguno de los dos parecía controlar y a la que tampoco podían resistirse. Sin separar sus labios, forcejearon con el mono que llevaban puesto, bajando la cremallera y quedando desnudos de cintura para arriba. Harper desabrochó el sujetador, que cayó sin ceremonia al suelo. Se quitaron las zapatillas y se sacaron el mono. Cada uno sacó la ropa interior del otro sin que sus lenguas dejaran de tocarse.

Hicieron el amor allí mismo, en el suelo del camarote, sin decir palabra, solo abandonándose a todo lo que sentían. Cada centímetro de su piel era un foco de placer y excitación. Cada acometida, un torrente de sensaciones por todo su cuerpo.

Tras el clímax, ambos quedaron inmóviles y jadeando. Harper no quería moverse, no quería salir de dentro de ella, no quería que terminara nunca ese momento, no quería separarse jamás de Jessica.

—Cásate conmigo —dijo, respirando agitadamente.

Ella le miró sorprendido y, tras unos segundos, sonrió.

—Si —dijo, besándole.

Unidos como estaban, se abrazaron y se besaron de nuevo durante un instante interminable. Después, se separaron con cuidado.

—Cariño —dijo Jessica, mirando al techo—. Yo también lo siento. Tenía que habértelo dicho antes.

—No te preocupes.

—Estaba furiosa. ¿Sabes las probabilidades de que un incidente así ocurra y se mezclen los fluidos? Cero por ciento si la persona a cargo está atenta. Quería matar al responsable.

—Hazlo cuando llegues al planeta —dijo Harper, acurrucándose a su lado—. Y asegúrate de que sufre. Ponle palillos en las uñas, no sé, algo que duela.

Los dos quedaron en silencio, hasta que Jessica habló de nuevo.

—¿Lo decías en serio?

—¿Lo de la tortura? —contestó somnoliento Harper, que estaba profundamente relajado.

—Lo de casarte conmigo.

—Por supuesto. Eres lo más importante para mí y quiero demostrártelo. —Él pasó el brazo por encima del cuerpo de su amada—. Hasta que la muerte nos separe y todo eso.

Harper comenzó a acurrucarse contra el cuerpo de Jessica pero, de repente, esta le apartó y se levantó como una exhalación, tirándole hacia un lado. Aquello le espabiló y se quedó mirando desde el suelo como ella se vestía a toda prisa.

—¿Qué pasa?

—¡Necesito ver una cosa, creo que tengo una solución! —contestó Jessica, metiendo las piernas en el mono.

—Pero... ¿qué...?

—No tengo tiempo, amor. —Con el mono puesto, pero aún descalza, ella se agachó para besarle—. Quédate aquí, no tardaré.

Abrió la puerta del camarote y se fue corriendo, dejando a Harper tumbado en el suelo, preguntándose qué había pasado y qué solución podría haber encontrado Jessica.

* * *

—El problema que tenemos con el líquido conservador contaminado es que el delicado equilibrio entre todos sus componentes se ha roto, y no garantiza la

supervivencia del durmiente durante los cientos de años que dura un ciclo de hibernación.

Harper asintió ante la explicación de Jessica. Después de que se marchara, él se había tumbado en su litera y se había quedado dormido desnudo. Así estaba cuando llegó el guardia de seguridad que había mandado la capitana Ojeda para buscarle. Después de vestirse, le escoltó de nuevo hasta el ala médica y el Box 34, donde los capitanes Ojeda y Petrovic escuchaban las explicaciones de Jessica.

—Imaginen que el líquido es como cualquier alimento. Lo dejan en la nevera y pueden conservarlo durante largos períodos de tiempo. Lo sacan al exterior y en pocos días cambia su estado, llegando incluso a pudrirse. La contaminación del líquido conservador de Harper es parecida. Ha perdido la mayor parte de sus propiedades e incluso dentro del circuito de la cápsula, su degradación es inevitable.

—No nos ha dicho nada que no sepamos, tripulante McCarthy —dijo el capitán Petrovic.

—Ya llego a esa parte, señor —dijo Jessica, haciendo un ademán con la mano—. En el estado actual del líquido, hibernar a Harper es una sentencia de muerte. En todas las simulaciones que he hecho, la cápsula no le mantiene vivo más de doscientos cincuenta o trescientos años, y eso usando todo el líquido que queda. Pasado ese plazo, habría que despertarle y tendríamos el mismo problema.

—¿Y la solución es...? —dijo Ojeda, alzando las cejas.

—Amor —dijo Jessica, mirándole—, no te lo tomes a mal, pero la solución es matarte.

Harper se quedó petrificado y no pudo decir palabra.

—Explíquese —dijo Petrovic.

—Las necesidades en hibernación de un cuerpo vivo son mucho mayores que las de un cadáver...

—¿Matarme? —balbuceó Harper.

—Tranquilo, es por tu bien —dijo Jessica con una sonrisa antes de continuar—. El cuerpo muerto no precisa de los nutrientes del líquido conservador, por lo que la degradación de este deja de tener importancia, y el efecto de los nanobots y elementos conservadores es mucho mayor. Por supuesto, el hecho de que esté muerto supone además un ahorro energético. No necesita más flujo de oxígeno, por ejemplo, y las simulaciones más pesimistas indican que la cápsula puede conservar el cuerpo al menos mil quinientos años, tiempo suficiente para llegar a Kepler 296e.

—¿Quiere ir al grano, tripulante? —dijo Petrovic.

—Sí, Jess —dijo Harper—. Explícame por qué matarme me ayudará.

—¿No te das cuenta? —dijo Jessica, con gesto sorprendido—. El proceso de hibernación te conservará prácticamente sin degradación y evitará la necrosis de tu cuerpo hasta que llegemos a Kepler 296e. Una vez en el planeta, te sacamos de la cápsula y te reavivamos. *Voilà!*

Ninguno de los presentes dijo nada por unos instantes, pero la tensión en la sala pareció desaparecer como por ensalmo.

—Brillante —dijo Petrovic—. Simple, como toda buena solución. Enhorabuena, tripulante McCarthy.

—Gracias, señor, pero el mérito no es mío. Harper me dio la idea.

—¿Y si algo sale mal? —preguntó Ojeda.

—No es un procedimiento exento de riesgos, pero al menos nos da una oportunidad. La alternativa es no hacer nada, y no es aceptable —dijo Jessica moviendo la cabeza—. Eso sí, cuanto antes lo hagamos, mejor. Cuanto menos degradado esté el líquido conservador, más posibilidades hay de que funcione.

—Bueno, entonces parece que la decisión está en manos de Harper —dijo la capitana Ojeda—. ¿Qué dices?

—Acepto, pero con una condición —dijo Harper, sonriendo—: cáseme con esa mujer antes de que me mate.

* * *

El matrimonio fue una ceremonia rápida, que realizaron mientras Jessica preparaba a Harper para la hibernación. Tumbado en la cama, fueron acoplando a cada uno de sus bioconectores los distintos cables que le acoplarían a los sistemas de la cápsula de hibernación.

—Sí quiero —dijo Jessica mientras le colocaba un cable en la ingle.

—Entonces, por mi autoridad como capitana de turno, os declaro marido y mujer —dijo Ojeda—. Podéis besaros.

Harper y Jessica se besaron y se miraron, sin poder parar de sonreír.

—Me debes una luna de miel —dijo ella.

—En el planeta —dijo él, sintiéndose adormilado—. Buscaremos una playa con mar y no saldremos de allí en un mes.

Tras realizar la última conexión en los bioconectores, Jessica comenzó a empujar la cama para sacarla del box.

—Adiós, Harper, nos vemos en Kepler —dijo la capitana.

—Guárdeme un poco de whisky —contestó Harper.

Petrovic no dijo nada y se limitó a hacer un saludo militar cuando pasó por su lado. Harper intentó alzar el brazo para devolvérselo, pero le pesaba demasiado y no pudo.

Por el camino, Harper cerró los ojos. Se sentía cansado y no sabía por qué.

—Jess... —murmuró.

—Tranquilo, amor, te he sedado para que sea todo más fácil.

—Bueno...

Lo siguiente que notó Harper fue como dos pares de manos fuertes le sacaban de la cama y lo colocaban en posición vertical, colocándole en un soporte y atrapando

sus extremidades con abrazaderas metálicas. Se despejó un poco y vio a Jessica junto a varias personas más, comprobando datos en la pantalla de un terminal. Quiso decir algo, pero de su boca solo salió un quejido. Al escucharle, Jessica corrió hacia su lado.

—Amor, no hables. Ya hemos introducido en tu torrente sanguíneo un veneno de acción rápida.

La visión de Harper se volvía borrosa por momentos y sentía como si cayera en un pozo.

—Solo tardará unos segundos, amor. Te prometo que cuando despiertes, estaré ahí. Te amo.

Lo último que vio Harper Boduch en vida fueron las lágrimas de Jessica corriendo por sus mejillas.

Cuando volvió a abrir los ojos, Jessica seguía llorando pero por un motivo mucho más alegre.

Índice de contenido

Cubierta

Despierto

Nota del editor digital

Despierto

DESPIERTO



MIGUEL ÁNGEL ALONSO P Lectulandia

